

V9
/

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Andrés Devoto
José Rodríguez Tarditi
Por el Colegio de Graduados

Vito N. Petrera
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXII

FEBRERO DE 1934

SERIE II, N° 151

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de José González Galé

Las leyes de la mortalidad (1)

CAPITULO II

LA DURACIÓN DE LA VIDA. — EDADES DE LA VIDA.
EL ENVEJECIMIENTO Y LA MUERTE

I.

Si hemos de atenernos a lo que nos dice la Biblia, nuestros primeros padres gozaron de una extraordinaria longevidad.

El capítulo quinto del *Génesis* se complace en informarnos de la provechosa edad que alcanzaron —en plena posesión de sus facultades físicas e intelectuales—: Adán, que vivió 930 años; Seth, que vivió 912; Enós, que alcanzó los 905; Cainán, Malaleel, Jared, Enoch, Matusalén, Lamech y Noé, que llegaron, respectivamente, a cumplir 910, 895, 962, 365, 969, 777 y 950. Con excepción de Enoch, que murió prematuramente a los 365 años de edad, todos alcanzaron a vivir alrededor de novecientos años.

Y vivieron —insistamos en ello— en la plenitud de sus facultades. “Y siendo Noé de *quinientos años* engendró a Sem, a Cam y a Jafet”.

Pero Jehová, disgustado con la conducta de los hombres, resolvió acortar sus días, y dijo: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque, ciertamente, él es carne: mas serán sus días *ciento y veinte años*”.

Y vino el Diluvio, y arrasó con todo, y sólo la estirpe de Noé fué salvada, llegando a contar Noé trescientos cincuenta años, después del Diluvio, lo que prueba que hizo con él una excepción.

Pero esos ciento veinte años, asignados por el propio Creador a la estirpe humana, se redujeron, en breve.

(1) Continuación. — Véase No de diciembre ppdo.

El salmista —Salmo 90— levanta sus preces hasta el Señor y dice de los hombres:

“Háceslos pasar como avenidas de aguas; son como sueños;
como la hierba que crece en la mañana:
en la mañana florece y crece;
a la tarde es cortada y se seca.

.....
Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira;
acabamos nuestros días como un pensamiento.
Los días de nuestra edad son **setenta años**;
que si en los más robustos son **ochenta**,
con todo, su fortaleza es molestia y trabajo.”

Es decir, que en los tiempos de David, la vida del hombre tenía una *duración* aproximadamente igual a la que tiene en nuestros días. ¿Cómo explicar, entonces, la portentosa longevidad de los patriarcas anteriores al Diluvio universal?

El problema ha tentado a más de un escritor y se han dado distintas soluciones, desde diversos puntos de vista. Soluciones que podemos separar en dos grupos: las que —por respeto a los textos sagrados, y creyéndolos intangibles— *aceptan* las cifras, tal como se dan, y buscan para ellas una explicación satisfactoria, y las que —sin poner los textos en tela de juicio— admiten que esas cifras no expresan realmente lo que debieran expresar.

Los autores que pertenecen al primer grupo manifiestan todos —en una o en otra forma— la *creencia* de que la vida en aquellos primeros días era más fácil; la tierra más pródiga en sus dones; el clima más benigno; la naturaleza humana más joven; el aire limpio de gérmenes nocivos; el alimento más sano...

Los que pertenecen al segundo grupo alegan —principalmente— la dificultad de entenderse con respecto a la *duración* del año.

Algunos piensan que se trata de años *lunares*, otros sugieren que, desde la creación hasta los días de Abraham, el año no constaba sino de tres meses. Entre los tiempos de Abraham y los de José el año tenía ya ocho meses. Y así fué creciendo, paulatinamente, hasta llegar a su actual duración. Tal insinuación no tiene, en realidad, base documental alguna en que apoyarse. No puede desconocerse, sin embargo, que, en los tiempos de Rómulo, el año sólo constaba de diez meses con 300 ó 304 días, y

que fué Numa quien agregó al año los meses de Enero y Febrero.

Uno de los representantes de la primera tendencia, el doctor Tomás Burnet (1635 - 1715), publicó en 1686 un curioso libro titulado *Historia sagrada de la Tierra* en el cual se alarma ante la idea de que pueda ponerse en duda la exactitud de las cifras dadas en el antiguo testamento, y hace notar que, si se admite que las edades están indicadas en años lunares, el lapso de tiempo que separa la Creación del Diluvio se reduce a menos de ciento treinta años.

No menos curioso es otro trabajo de William Whiston (1667 - 1752), sucesor de Newton en la cátedra de matemáticas de la Universidad de Cambridge, y a quien, por lo tanto, había derecho a exigir mayor circunspección en sus juicios. Lejos de ello, en su libro *Una nueva teoría de la tierra*, en que pretende seguir las teorías newtonianas, se engolfa en cálculos absurdos que le permiten determinar, con toda precisión, que el Diluvio Universal empezó el 28 de noviembre de 2349, antes de Cristo. Acepta Whiston la extraordinaria longevidad de los *antediluvianos*, fundándose en que, en aquellos tiempos, el *temperamento* humano era muy superior al que abrumba a la decaída generación contemporánea.

II

No nos detengamos demasiado sobre este punto. Harto sabido es que los textos sagrados discrepan, en absoluto —en cuanto a fechas— con los datos irrecusables que, lenta pero seguramente, acumula la ciencia moderna.

No retendremos, pues, más cifra que la que —como duración normal de la vida— da el salmista: *setenta años*; ochenta, como una *posibilidad* para algunos favorecidos por la naturaleza.

El salmista no emplea las palabras *duración normal*, y será bueno precisar, antes de seguir, el alcance que les damos. Es la edad —de los versículos transcritos se deduce— a que *deberían morir normalmente* los hombres, si no hubiera accidentes ni enfermedades. Hemos de volver más adelante sobre este concepto.

Shakespeare, en la comedia *As you like it*, vertida al castellano por Luis Astrana Marín con el título de *A vuestro gusto*, pone en boca de uno de sus personajes esta colorida descripción de las *edades de la vida*, que son *siete*, según él: “Pri-

mero es el niño que da vagidos y babea en los brazos de la nodriza; luego, es el escolar lloricón, con su mochila y su reluciente cara de aurora que, como un caracol, se arrastra de mala gana a la escuela. En seguida, es el enamorado, suspirando como un horno, con una balada doliente compuesta a las cejas de su amada. Después, es un soldado aforrado de extraños juramentos y barbado como un leopardo, celoso de su honor, pronto y atrevido en la querrela, buscando la burbuja de aire de la reputación hasta en la boca de los cañones. Más tarde es el juez, con su hermoso vientre redondo, relleno de un buen capón, los ojos severos y la barba de corte cuidado, lleno de graves dichos y de lugares comunes. Y así representa su papel. La sexta edad nos le transforma en el personaje del enjuto y embabuchado Pantalón, con sus anteojos sobre la nariz y su bolsa al lado. Las calzas de su juventud, que ha conservado cuidadosamente, serían un mundo de anchas para sus magras canillas, y su fuerte voz viril, convertida de nuevo en atiplada voz de niño, emite ahora sonidos de caramillo y de silbato. En fin, la última escena de todas, la que termina esta extraña historia llena de acontecimientos, es la segunda infancia y el total olvido, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada.”

Esas siete edades de la vida han sido distribuídas —por el demógrafo contemporáneo George Chandler Whipple— a lo largo de un período de vida de cien años: dos para el niño; trece para el escolar; diez para el enamorado, quince para el soldado, veinticinco para el juez, quince para el anciano que aun se defiende, y los veinte últimos para el que ya se entrega.

III

El poeta y ensayista inglés José Addison (1672 - 1719) editó en unión de Steele —otro literato de su tiempo— durante los años 1711 a 1714 un periódico, *The Spectator*, cuya colección es hoy muy estimada, y en uno de cuyos números publica un ensayo que titula “La visión de Mirza”. Un joven árabe que, habiéndose encontrado —mientras rezaba sus oraciones— con un Genio, fué conducido por éste a un lugar desde el cual se divisaba un enorme valle, cruzado por una prodigiosa corriente de agua.

“—El valle que tú ves —díjole el Genio— es el valle de la Miseria y la corriente de agua, una parte de la marea de la Eternidad.

“—Examina, ahora, ese mar, rodeado de sombras, y dime qué ves en él.

“—Veo un puente, en medio de la marea.

“—El puente que ves es la vida humana; míralo atentamente.

“Un examen más detenido me hizo ver que constaba de setenta arcos enteros, y unos cuantos arcos rotos, hasta hacer, en todo, un centenar. Mientras los contaba, me dijo el Genio que, al principio, los arcos llegaban a mil, pero que una súbita inundación se llevó la mayor parte y dejó el puente en la condición en que yo lo veía.

“—Pero —me dijo el Genio— ¿qué otra cosa ves?

“—Veo multitud de gentes, que cruzan por el puente, y una negra nube en cada uno de sus extremos.

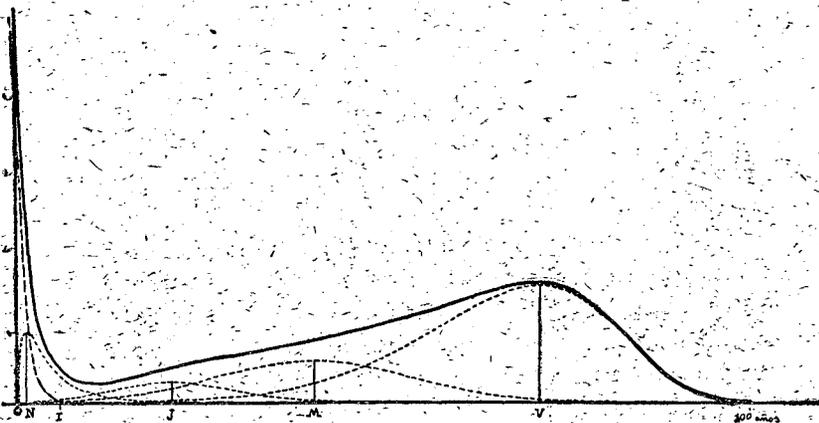
“Mirando más atentamente aún vi que varios de los transeúntes caían en la gran corriente, al través del puente: al través de *trampas* hábilmente disimuladas sobre su superficie. Estas trampas ocultas eran muy numerosas al principio; de modo que muchos de los transeúntes no hacían más que salir de la nube inicial para caer en la corriente. Hacia el centro del puente las trampas eran muy pocas; pero, al llegar a los últimos arcos que aun permanecían enteros, su número era cada vez mayor. Algunas personas —escasísimas en realidad— continuaban una marcha vacilante al través de los arcos rotos, hasta que iban cayendo unas tras otras, cansadas y agotadas por tan larga caminata.”

Aparte de su innegable valor literario tiene el pasaje que acabamos de traducir un visible interés documental. Vemos aquí reaparecer como duración normal de la vida los *setenta años* a que se refería el salmista. Y vemos aludir —incidentalmente y como de pasada— a los *mil arcos* que tenía el puente, en un principio, y que fueron arrasados en su mayor parte por una gran creciente. Son los mil años de vida que, según la Biblia, habrían fijado el límite de la vida de los antediluvianos.

I V

Un sabio estadígrafo de nuestros días —Carlos Pearson — ha retomado —en una conferencia titulada *The Chances of Death* (Las probabilidades de muerte), leída ante la Sociedad Filosófico-literaria de Leeds en 1895— la idea central del puente de la vida de Addison, amoldándola, como es lógico, al estado actual de la ciencia.

Ya, antes que él, otro eminente estadígrafo —el alemán Guillermo Lexis— había observado que, si se toma un número suficientemente grande de recién nacidos, y se registran, año por año, las muertes que ocurren en dicho grupo hasta que se extinga por completo, la *curva* en que se grafican los datos, así obtenidos, nos marca claramente una edad —algo superior a los setenta años— que corresponde a la edad en que *normalmente se debería* morir, si no mediaran, a veces, extemporáneamente, circunstancias adversas. Las muertes *normales* —llamemos así a las que ocurren al terminar la duración normal de la vida— se *adensarían* alrededor de la edad en cuestión y formarían una *curva simétrica*; una de las tantas curvas a las que se les da el nombre de curvas de frecuencia.



El gráfico indica la proporción de las muertes sobre un número inicial de mil recién nacidos. El trazo grueso marca la marcha general del fenómeno. Cinco curvas interiores muestran la descomposición del mismo. La primera — trazos cortados, largos — arranca de I (primera infancia) y pasa más alta del cero inicial; es que se incluyen las muertes prenatales. La segunda — asimétrica con respecto a un eje marcado con N (niñez) — indica las muertes de esa época de la vida. La tercera, la cuarta y la quinta — simétricas, o casi simétricas con respecto a los ejes J (juventud), M (madurez) y V (vejez) indican las muertes en cada una de esas épocas. La escala vertical da el número de muertes entre los mil componentes del grupo inicial.

¿Y las muertes anteriores? Son las que se deben a causas *perturbadoras* y que, como se ve en el gráfico, pueden distribuirse fácilmente en cinco curvas de frecuencia. La primera corresponde a la primera infancia; la segunda a la niñez; la tercera a la juventud; la cuarta a la edad central de la vida, y la

última, por fin, a la vejez. Como se verá, la mortalidad en la primera infancia y en la vejez es sumamente elevada; bastante fuerte aun en la niñez, y relativamente leve en la juventud y en la edad madura.

De acuerdo con ello Pearson ha reconstruído la imagen del puente de la vida.

Sobre un puente, al principio del cual hay una especie de arcada de piedra y cuyo otro extremo está *cortado* sobre el vacío, se ven cinco figuras humanas: un recién nacido, protegido a medias por la arcada inicial; un niño que corre tras una mariposa; un joven arrogante; un grave caballero, y un anciano valetudinario. Cada uno de ellos está amenazado por un *tirador*



El puente de la vida, según Carlos Pearson

—un esqueleto, imagen de la muerte—, armado con un arma diferente. Desde lo alto de la arcada, que le protege, acecha al bebé un enemigo cuyas armas son los *huesos de sus propios progenitores*. Símbolo de las enfermedades hereditarias, que tantas vidas arrasan aún antes de nacer. Una ametralladora, un arco, un viejo mosquete y un fusil de repetición, son las armas de los otros cuatro tiradores. La calidad del arma indica, gráficamente, la *intensidad* de la mortalidad en cada una de las edades.

V

Buffon, en su *Historia Natural*, se ocupa de la duración normal de la vida de los organismos —animales o plantas— y aventura la opinión de que guarda estrecha relación con el tiem-

po que dura el crecimiento. Por eso los animales y las plantas cuyo desarrollo se efectúa con rapidez viven poco, en tanto que aquellos que tardan más en desarrollarse alcanzan más larga vida.

Observa que el crecimiento del organismo se opera en dos sentidos: en *alto* y en *ancho*; en altura y en grosor, y que el primero se termina mucho antes que el segundo. El tronco de la encina continúa aumentando en diámetro hasta mucho después de haber alcanzado su altura máxima; el hombre cesa de crecer alrededor de los diez y ocho años, pero su total desarrollo corporal no se termina sino a eso de los treinta.

Y teniendo en cuenta que la muerte normal, es decir, la que no se debe a accidentes ni a enfermedades, se produce, desde los tiempos de David, entre los ochenta y los cien años, llega a la conclusión de que la *duración normal* de la vida es aproximadamente igual a cinco veces el tiempo que exige el crecimiento, o a tres veces el que corresponde al desarrollo total del cuerpo.

Los cien años que calcula Buffon, más que una duración normal de la vida, parecen indicar una duración *máxima*. Y, sin gran dificultad, basándonos en esta cifra, volvemos una vez más, para la duración normal de la vida, a los *setenta* años.

A un resultado semejante se llega, asimismo, al través de una sabrosa fabulilla de origen germano y que ha referido a sus alumnos de la Universidad Central de Madrid el conocido profesor y literato José Ortega y Gasset.

En la época de la Creación, hombres y animales vivían igual número de años: *treinta*. Creyó el hombre que tenía derecho a vivir algunos más y pidió a los demás animales que se los dieran, acortando los suyos. El asno, el perro y el mono consintieron en ello y le cedieron varios años cada uno. El hombre alargó, así, su vida materialmente. Pero, en realidad, no vive como *hombre* sino hasta los treinta años; de los treinta a los cuarenta y ocho vive la vida del asno, duro y porfiado; de los cuarenta y ocho a los sesenta, la del perro, gruñón y desconfiado, y de los sesenta en adelante, la lamentable vida del mono, calvo, chiflado, y reducido a divertir a los niños.

VI

Observaciones repetidas han suministrado suficiente material para estudiar la longevidad de los animales. Por eso von

Haseman ha podido construir, en 1909, el siguiente cuadro que tomamos del libro de Ed. Retterer, *La duración de los seres vivos*:

Mamíferos

| | | | |
|--------------------|--------------|-------------------|----------------|
| Elefante | 90 años | Gato | de 9 a 20 años |
| Oso | 50 " | Carnero | 15 " |
| Caballo | de 35 a 50 " | Zorro | 14 " |
| León | 35 " | Liebre | 10 " |
| Buey | 30 " | Ardilla | 6 " |
| Jabalí | 25 " | Ratón | 6 " |
| Perro | 20 " | Cobayo | 6 " |

Aves

| | | | |
|-----------------------------|-----------------|-------------------------|-----------------|
| Buitre | más de 118 años | Canario | de 12 a 15 años |
| Aguila | 114 " | Gallo | de 15 a 20 " |
| Cuervo | 100 " | Faisán dorado | 15 " |
| Loro | más de 100 " | Mirlo | 13 " |
| Cuclillo | 32 " | Pichón | 10 " |
| Urraca | 20 " | Ruiseñor | 8 " |
| Gallo de la India | 16 " | | |

Otras especies animales

| | | | |
|-------------------|-----------------|----------------------------|----------------|
| Tortuga | más de 100 años | Cangrejo | más de 20 años |
| Carpa | más de 100 " | Gusano de tierra | 10 " |
| Sapo | 30 " | | |

Según otro autor —M. A. Legrand, *La longevité à travers les âges*, Paris, 1911— alcanzarían a contar:

| | |
|---|----------|
| El cocodrilo y la carpa | 300 años |
| La ballena y el elefante | 200 " |
| El halcón | 150 " |
| El loro, el cuervo y el águila | 100 " |
| El león y el rinoceronte | 60 " |
| El ganso, el sollo y el pelicano | 50 " |
| El ciervo y el buitre | 40 " |
| El asno, el toro y el camello | 30 " |
| El caballo, el pavo real, el jilguero y el pinzón | 25 " |
| El cerdo, el oso, el venado, la vaca, el pichón, el gato, el perro, el lobo y el cangrejo | 20 " |
| El buey | 18 " |
| El ánade, la anguila, el ruiseñor, la alondra, el zorro y el faisán | 15 " |
| El carnero y el dorado | 12 " |
| La cabra, el gorrión, la tenca, el zorzal, el petirrojo, el canario y el grillo | 10 " |
| El conejo | 8 " |
| La liebre, la ardilla y la araña | 7 " |
| El pardillo | 5 " |
| El reyezuelo | 3 " |

Las cifras de ambos cuadros discrepan —y no poco en ocasiones—. Es que, con respecto a la vida de ciertos animales, se poseen aún muy pocas observaciones fidedignas. Además, lo mismo cuando se trata de animales o plantas que cuando se trata de seres humanos, se señalan casos extraordinarios de longevidad, llegando a citarse el de un asno que vivió más de cien años.

De todos modos, las cifras que anteceden —dentro de su necesaria relatividad— ponen de manifiesto, claramente, que la hipótesis de Buffon, que vincula la duración de la vida a la de la época del crecimiento, es exacta sólo en cuanto puede marcar una *tendencia*, pero carece en absoluto de precisión.

Y vemos otra cosa, más desconsoladora aun. Que la superioridad del hombre sobre todos los seres creados, no le asegura la mayor longevidad a que pretende tener derecho, según la fabulilla alemana que hemos recordado más arriba.

VII

La muerte no sobreviene de pronto —salvo casos extraordinarios, que no hay por qué considerar—. A la muerte *precede* la vejez, que es, en cierto modo, su avanzada. Buffon ha dicho: “el cuerpo muere poco a poco y por partes”. Su teoría del envejecimiento está hoy reducida a una mera curiosidad, y se explica que así sea si se tiene en cuenta el vuelco enorme que han dado los conocimientos humanos desde su tiempo hasta nuestros días.

Otras teorías, mucho más modernas que la de Buffon, acerca de las causas del envejecimiento, han caído, también, en el olvido.

Para Buffon la vejez y la muerte ocurren a causa de un *endurecimiento* progresivo de todos los tejidos, debido a que se *desecan*, al hacerse más escasos y menos activos los *flúidos* que animan la vida.

Para Metchnicoff, la vejez y la muerte se deben a la presencia de ciertas células que poseen una gran movilidad y son capaces de devorar toda clase de cuerpos sólidos, y a las que se designa con el nombre de *fagocitos*. Son los *fagocitos* sumamente útiles al hombre, durante lo mejor de su vida: contribuyen a cerrar sus heridas, a destruir los microbios. “Hay —dice Metchnicoff— dos clases de fagocitos. Los pequeños fagocitos móviles, llamados *microfitos*, y los fagocitos

grandes, a veces fijos, a veces móviles, a que se ha dado el nombre de *macrófagos*.”... “Los *macrófagos* se presentan tanto bajo la forma de una cierta categoría de glóbulos blancos, como bajo la forma de células fijas de tejido conjuntivo’...” ...“La degeneración senil es obra de una intervención de los *macrófagos*. Son ellos los que determinan la atrofia de los riñones, a donde acuden en grandes cantidades, agrupándose alrededor de los tubos renales, cuya destrucción causan. Y empiezan, entonces, a elaborar tejido conjuntivo, con el que reemplazan al tejido renal normal. Un proceso análogo se produce en los otros órganos que sufren degeneración senil. Se comprueba, así, en el cerebro de los ancianos y de los animales viejos, que un gran número de células nerviosas son rodeadas y devoradas por los *macrófagos*.”

Esta teoría no ha sido bien acogida. El mismo Metchnikoff atribuye, en parte, la causa del envejecimiento a la enorme cantidad de toxinas que encierra el intestino, y a las que pretende combatir con la leche cuajada —Yogurt—, rica en *bacilos bienhechores*, que impiden la propagación de los microbios dañinos mediante la transformación del azúcar de leche en ácido láctico.

Y Retterer señala la contradicción que importa en las teorías de Metchnikoff el hecho de que los fagocitos —al volverse voraces con la edad— se *olviden*, también, de secretar las antitoxinas mediante las cuales saneaban, antes, el tubo digestivo.

Para otros, el secreto de la juventud y de la vejez está en las glándulas de secreción interna.

Horsley hizo notar que la tiroides *retrograda* con la edad. Lorand, años después, ha comprobado que, no sólo la tiroides, sino *todas* las glándulas de secreción interna determinan la vejez, al degenerar. Y Sergio Voronoff escribe al respecto: “Si la tiroides no funcionara más que en el niño y el adulto, todos los viejos se volverían imbeciles. Si las paratiroides dejasen de funcionar en el viejo, la muerte sobrevendría siempre en medio de convulsiones tetánicas. Si la pituitaria dejara de secretar su hormona a una cierta edad, se produciría una muerte rápida por debilitamiento de la respiración y baja de la temperatura. Si las suprarrenales holgaran, todos los hombres se verían atacados, en un momento dado, por la enfermedad bronceada de Addison.”

Para Gregorio Marañón “toda la evolución vegetativa de los organismos se desarrolla a impulsos de la acción de las di-

versas glándulas de secreción interna". No presiden la llegada de la muerte, sino el advenimiento de la vida. Son ellas las que laboran para producir, primero, la eclosión juvenil; para conservar la juventud, más tarde. La tiroides y el timo concurren a la formación y a la osificación del esqueleto; las paratiroides prestan, luego, su concurso para consolidar la obra realizada. La hipófisis ayuda al crecimiento del esqueleto. Y, al iniciarse la pubertad, la corteza de las suprarrenales estimula el desarrollo final de las glándulas genitales. Llegada la madurez sexual, la hipófisis, la tiroides y las cápsulas suprarrenales trabajan sin descanso. Después, una tras otra, las glándulas van cesando en sus funciones. El timo se atrofia antes de que se inicie la vejez. La hipófisis cesa en su acción apenas termina el crecimiento. La tiroides y la glándula genital continúan aún funcionando.

Llega un momento en que la glándula genital empieza, también, a fatigarse: las oxidaciones disminuyen, la grasa aumenta, y la vejez se adueña, al fin, del organismo vencido.

VIII

Iniciada la vejez —por una o por otra causa— el proceso de degeneración se acentúa —no puede menos de acentuarse— e, inevitablemente, termina en la muerte.

La muerte no es, sin embargo, consecuencia inevitable de la vida. Los organismos unicelulares son, prácticamente, inmortales. Pero, a medida que los organismos se complican, van apareciendo en ellos —por un proceso natural de diferenciación— nuevos tipos de células. Entonces, la facultad de reproducir *todos* esos tipos, se quiebra, por alguna razón —que no es bien conocida, que, probablemente, no se conocerá nunca bien— y, más pronto o más tarde, sobreviene la muerte. La muerte que no es un *mal*, sino la *consecuencia de un mal: la vejez*.

Esto lo ha dicho bellamente el admirable poeta Giacomo Leopardi, en sus *Pensamientos*:

“La morte non è male perche libera l'uomo da tutti i mali, e insieme coi beni gli toglie i desiderii. La vecchiezza è male sommo perche priva l'uomo di tutti i piacere, lasciandogli ne gli appetiti, e porta seco tutti i dolori.”⁽¹⁾

(1) La muerte no es mal porque libra al hombre de todos los males, y, a la vez que los bienes le quita los deseos. La vejez es mal supremo porque priva al hombre de todos los placeres, dejándole los apetitos, y lleva consigo todos los dolores.